

mos en Nuestra primera Carta Encíclica, conviene a saber, en la *restauración de todas las cosas en Cristo* porque ¿quién no verá que no hay camino más seguro y expedito que María para llegar a Cristo y unirse a El y obtener por su medio la perfecta adopción de hijos, de manera que seamos santos e inmaculados a los ojos de Dios? Y, en efecto, si con verdad fué dicho a María: *Bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor*, es decir, que concebiría y pariría al hijo de Dios; si por esto recibió en su seno a Aquel que por naturaleza es la Verdad, para que, «engendrado por nuevo orden y con nueva natividad, invisible en sí mismo, se hiciese visible con nuestra carne», siendo el Hijo de Dios hecho hombre, *autor y consumidor de nuestra fe*, es del todo necesario que a su Santísima Madre se le reconozca partícipe y algo así como guarda de los divinos misterios, que a modo de cimiento, el más noble después de Cristo Jesús, sostiene el edificio de la fe de todos los siglos.

¿Cómo pensar de otra manera? ¿No hubiera podido Dios darnos sin María al Salvador de la humanidad y Fundador de la fe? Mas, habiendo querido la Providencia divina que tuviésemos al Hombre-Dios por María, la cual por obra del Espíritu Santo, le concibió en su seno, nada nos resta a nosotros sino recibir a Cristo de las manos de María.

En la misma Encíclica se lee a este propósito:

«Que por la Virgen, y por Ella más que por ningún otro medio, se nos concedió manera de llegar al conocimiento de Cristo, nadie lo podrá dudar si repara que Ella fué la única con quien Jesús, como conviene entre hijo y madre, estuvo en compañía y trato familiar treinta años. ¿A quién, mejor que a la Madre, fueron revelados los admirables misterios de la natividad y la infancia de Cristo y, sobre todo, el misterio de la Encarnación, principio y fundamento de nuestra fe? Y no solamente guardaba María y reposaba en su corazón cuanto había sucedido en Belén y había visto en Jerusalén en el Templo del Señor, sino que, conocedora de los pensamientos de Cristo y de sus secretos designios, puede decirse de Ella que vivió la vida de su hijo. Por lo cual nadie conoció a Cristo tan íntimamente como Ella, nadie puede ser mejor maestro que Ella para conocer a Jesús.»

Síguese de aquí, como ya indicamos, que nadie es tampoco más apto que la Virgen para unir a los hombres con Cristo. Por lo cual, si, según la misma sentencia de Cristo, *la vida eterna consiste en conocerle a Tú Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tu enviaste*, consiguiendo nosotros por María el conocimiento de Cristo, por María conseguimos también más fácilmente aquella vida de que Cristo es principio y manantial.

Y por último añade Pío X:

Supuesto todo lo cual y volviendo a nuestro propósito. ¿quién no verá con cuanta razón hemos dicho que María, que desde la casa de Nazaret hasta el Calvario hizo constante compañía á Jesús, más que nadie conoció los secretos de su Corazón y administra, casi con derecho maternal, el tesoro de sus méritos, es el principal y más seguro apoyo para llegar al conocimiento de Cristo? Bien nos lo confirma la deplorable condición por cuantos por diabólico engaño, o por falsas doctrinas, creen poder prescindir del Auxilio de la Virgen. Miseros e infelices, prescinden de María a pretexto de honrar a Cristo, e ignoran que *no se halla al Hijo sino con María Madre suya*.

No podríamos nosotros haber encontrado quien con más garantías de verdad nos asegurase de esta doctrina del gran Vidente mariano. ¡Gloria al Beato que así regala a sus hijos y amantes con esta soberana confirmación de su doc-